



La conquista de Andalucía

RAFAEL SÁNCHEZ SAUS

PROFESOR TITULAR DE HISTORIA MEDIEVAL, UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE
CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

Entre 1225 y 1250 se jugó el destino de Andalucía. Nada de lo que los andaluces han sido y han aportado al resto de España y al mundo hubiese sido posible sin el giro decisivo que entonces se produjo. Ninguno de los rasgos de nuestra cultura actual, que tanto nos caracteriza y presenta elementos tan brillantes como singulares, hubiera surgido sin aquel cambio histórico que devolvió al valle del Guadalquivir a la cristiandad, es decir, a la civilización europea.

Sin embargo, para que ese cambio fundamental llegara a producirse hay que remontarse un poco más. El 12 de julio de 1212, en un paraje remoto de Sierra Morena, muy cerca del paso de Despeñaperros, llamado las Navas de Tolosa, fue quebrantado el poder de los norteafricanos almohades, dueños de al-Andalus. Fue la batalla más importante de toda la Reconquista, un encuentro decisivo de cuya trascendencia fueron plenamente conscientes los hombres de la época. Desde aquel momento, la pesadilla almohade comenzaba a desvanecerse y el valle del Guadalquivir, corazón de al-Andalus, quedaba abierto a las armas de Castilla.

En 1217, tras complejas y azarosas circunstancias, llegaba al trono castellano un joven de apenas dieciséis años llamado Fernando, hijo de Alfonso IX de León y de la infanta Berenguela de Castilla. Cuando Alfonso muera en 1230, su hijo, el ya entonces rey de Castilla, unirá definitivamente esta corona con la de León. Pero el joven monarca no había esperado tanto para revelar uno de los principales rasgos de su carácter, el de hábil político y conquistador. Fernando III aprovechó desde el principio las luchas que enfrentaban a los distintos jefes almohades en su pugna por

el califato. Así, su primera expedición contra los moros, que tuvo lugar en 1224, tenía como objetivo principal ayudar al gobernador de Baeza, llamado al-Bayyasi, contra su enemigo, el gobernador de Sevilla. En pago de esa ayuda, que permitió al baezano derrotar a su enemigo y adueñarse de buena parte de Andalucía, Fernando recibió el vasallaje de su protegido y las plazas fuertes de Martos y Andújar, introduciendo de ese modo una fuerte cuña en territorio musulmán. Igualmente, en 1225 se hizo cargo de una serie de fortalezas fronterizas que aseguraban los pasos entre La Mancha y Andalucía. Esta alianza de al-Bayyasi con el rey de Castilla disgustaba a muchos musulmanes, por lo que el dirigente almohade fue asesinado en Córdoba. La desaparición de al-Bayyasi dejó las manos libres a Fernando, quien ocupó inmediatamente Baeza y, en los años siguientes, afianzó esta posesión con la toma de Jódar, Garcéz y Sabiote. Controlados los pasos de Sierra Morena, el triángulo Martos-Andújar-Baeza se convirtió en la base de continuas incursiones contra los moros, incursiones que socavaban la resistencia enemiga y preparaban las futuras conquistas.

Entre 1228 y 1237 Fernando III tuvo ocasión de demostrar toda su capacidad política para maniobrar entre los distintos poderes musulmanes e ir ampliando sus conquistas con un bajo coste. La clave estuvo en su inteligencia para impedir la consolidación del poder de Ibn Hud, un caudillo andalusí que se rebeló contra los restos del poder almohade haciéndose llamar libertador del pueblo, y que pretendía la unificación de todo al-Andalus bajo su mano para hacer frente a la presión de los cristianos. Sin duda, si esto hubiese sucedido la resistencia musulmana hubiese sido muy superior, pero el rey de Castilla minó sus posi-



bilidades apoyando a sus enemigos mientras fortalecía su propia posición en la Alta Andalucía. En 1231, cuando la estrella de Ibn Hud alcanzaba su cénit tras la expulsión de los almohades y la extensión de su poder desde Almería hasta Sevilla, una expedición castellana llegaba hasta Vejer y derrotaba a los moros cerca del Guadalquivir. Casi al mismo tiempo, en el otro extremo de Andalucía, el arzobispo de Toledo, el famoso don Rodrigo Jiménez de Rada, se apoderaba de Quesada, Tíscar, Cazorla y de toda la cabecera del Guadalquivir.

Pero la jugada maestra de Fernando fue el apoyo brindado a Muhammad ibn Nasr al-Ahmar, autoproclamado señor de Arjona en ese mismo 1231. Dos años después, Muhammad arrebató a Ibn Hud la fuerte plaza de Jaén, desde la que alentó la oposición a su enemigo en todo al-Andalus. El poder de Ibn Hud se descomponía con rapidez tras el abandono de Sevilla, Carmona y Córdoba, sublevadas por su rival aunque rápidamente vueltas a la obediencia, y en 1235 el mismo Ibn Hud que había hecho bandera de lucha contra almohades y castellanos hubo de pactar con Fernando la entrega de todo lo que le quedaba en el reino de Jaén y de una fuerte suma de dinero. Los castellanos, que ya habían ocupado Úbeda en 1233, se hicieron entonces con Iznatoraf y Santisteban del Puerto.

Como la fortuna ayuda a los audaces, los fronteros castellanos recibieron al año sigu-

iente un regalo tan inesperado como extraordinario. Las luchas internas entre los moros propiciaron un momentáneo desguarnecimiento de Córdoba que fue comunicado a los cristianos por unos desertores. Un pequeño grupo de caballeros y adalides, entre los que estaban Domingo Muñoz, Alvaro Colodro, Benito de Baños, Pedro Ruiz Tafur y Martín Ruiz de Argote, se hicieron fuertes en el arrabal cordobés de la Ajarquía en enero de 1236 e hicieron saber la nueva a su rey. Este se encontraba en la otra punta de España, en Benavente, pero en pleno invierno y recogiendo tropas por el camino se plantó en Córdoba a marchas forzadas. Allí se le unieron las milicias de los concejos y las mesnadas de nobles y obispos. El 29 de junio de 1236, ante la impotencia de Ibn Hud, que no se atrevió a presentar batalla, Córdoba fue ocupada, iniciándose de inmediato su repoblación: Vinieron de todas las partes de España pobladores a morar et a poblar —dice la Crónica General—, et corríen allí... como a bodas de rey. El impacto de esta conquista fue inmenso, pues por su esplendoroso pasado Córdoba era tenida entre las cuatro principales ciudades de Europa, junto con Sevilla, Roma y París. Además, la derrota desacreditó a Ibn Hud, que vio como los granadinos le abandonaban para reconocer como señor a su rival al-Ahmar, señor de Jaén y Arjona. Estalló entonces entre ellos un nuevo enfrentamiento que se saldó en 1238 con el asesinato en Almería de Ibn Hud.



Castillo de Almodóvar del Río:
El castillo de Almodóvar del Río —Córdoba—
cayó en manos castellanas en 1240.

Foto: F.J. Fornell



La posesión de Córdoba obligó al rey Fernando a un pequeño alto en las conquistas para asegurar la defensa y organización de la ciudad, pero entre 1240 y 1243 se le entregaron sin apenas resistencia gran número de localidades de su entorno, tanto en los distritos serranos (Gahete, Santa Eufemia, Pedroche, Obejo), como en la riera del Guadalquivir (Montoro, Hornachuelos, Almodóvar, Setefilla) y en las campiñas sureñas (Luque, Lucena, Santaella, Aguilar, Baena, Écija, Marchena, Morón, Osuna y Estepa). La falta de resistencia permitió, como era habitual en esos casos, la permanencia durante algunos años de buena parte de la población musulmana, convertida en mudéjar, mientras que el control militar y político del territorio pasaba a los castellanoleonés.

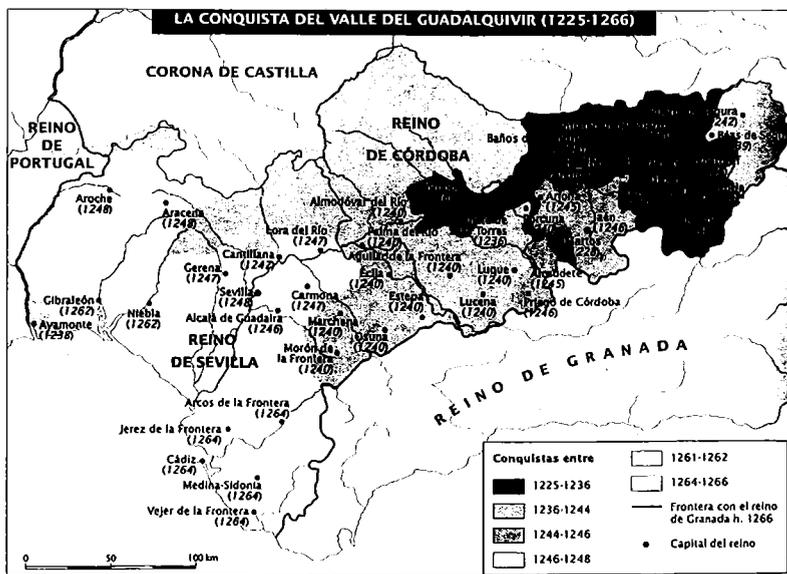
La muerte de Ibn Hud había descompuesto la resistencia andalusí, aunque el reconocimiento de al-Ahmar, señor de Arjona y Jaén, en Guadix, Baza, Granada, Málaga y Almería hizo posible la persistencia de un último bastión islámico en España, el reino nazarí de Granada. Pero antes fue necesario pagar un precio. En 1244 al-Ahmar, Muhammad I en la nomenclatura de la dinastía nazarí, hubo de entregar Arjona a Castilla, y en febrero de 1246, después que los cristianos cercasen Jaén el verano anterior, se vio obligado a negociar con Fernando la cesión de esta ciudad, su entrada en vasallaje y el pago de unas parias que

alcanzaban a la mitad de sus rentas. Era la única salida si se quería escapar al completo sometimiento a que se había visto abocada también, por ejemplo, Murcia en 1243.

La toma de Jaén y el vasallaje del nuevo rey de Granada despejaban el camino hacia el principal objetivo: Sevilla. La gran ciudad del viejo Betis, prácticamente refundada por los almohades, que la convirtieron en capital de al-Andalus y la dotaron de un fastuoso conjunto de obras públicas y de edificios religiosos, militares y palaciegos, había permanecido fiel a Ibn Hud hasta su muerte en 1238. El peligroso vacío de poder que se vivió entonces aconsejó a los notables sevillanos la vuelta a la obediencia almohade, pero el imperio norteafricano, acosado por sus enemigos y dividido en facciones internas, era ya apenas una sombra. La necesidad de protección y, sobre todo, de mantener abierta la relación con el norte de África, obligó en 1242 a reconocer como soberanos a los hafsiés tunecinos, cuyo poder se extendía imparablemente por el Magreb y ya dominaba Ceuta. En realidad, el gobierno de Sevilla estuvo durante esos años en manos de Abu Omar al-Djedd, noble personaje perteneciente a una de las principales familias de la ciudad, quien, a la vista de la situación, procuró mantener treguas con los castellanos y en 1246 llegó a buscar la alianza de Fernando III tras romper con los tunecinos. Esta actitud

provocó la reacción de los elementos más belicistas, a cuyo frente estaba Axataf, que no dudaron en asesinar a al-Djedd, y hacerse con el mando. Con ello, Fernando encontró el motivo que necesitaba para emprender su última gran campaña.

Aunque Sevilla, por su aislamiento, podía parecer presa fácil, no era tal. Sus murallas eran



La conquista de Andalucía.
 Fuente: García de Cortázar, Fernando: *Atlas de Historia de España*. Barcelona, 2005.

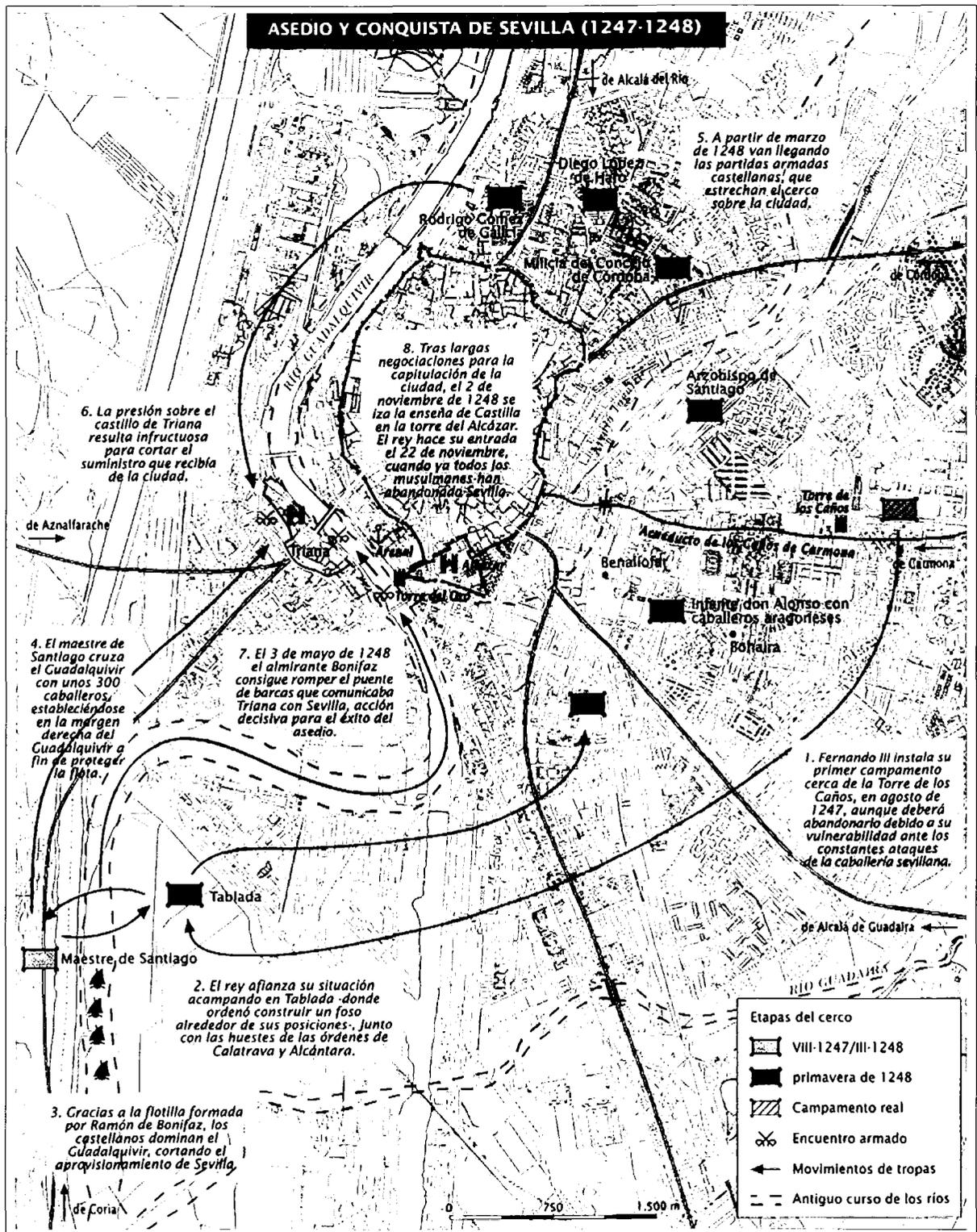


inexpugnables para los medios bélicos de la época y no se podría rendirla por hambre mientras mantuviese el control del río y le llegaran suministros desde el Aljarafe. Además, sus defensas se completaban con un fuerte conjunto de castillos que guardaban los principales vados fluviales y caminos: Guillena, Gerena, Cantillana, Alcalá del Río, Triana y Aznalfarache. Las fortificaciones de Carmona y Alcalá de Guadaíra eran sus bastiones avanzados hacia la Campiña. La perspectiva de una larga campaña preparatoria, seguida de un penoso asedio, podría haber desanimado al rey de Castilla y a esa posibilidad se agarraron los dirigentes sevillanos a la espera de un cambio de las condiciones políticas en el Magreb que les procurase el apoyo político y militar que ahora les faltaba. Pero Fernando fue plenamente consciente de la oportunidad que se ofrecía y actuó en consecuencia: en el otoño de 1246 lanzó una gran expedición de tala y saqueo sobre los campos de Carmona, Jerez y el Aljarafe. Fruto inesperado fue la entrega sin resistencia de Alcalá de Guadaíra, lo que supuso un grave revés para los defensores. Pocos meses después, en la primavera de 1247, la ofensiva castellana produjo un acuerdo de entrega de Carmona en el plazo máximo de seis meses y el victorioso asalto de las fortalezas de Cantillana y Alcalá del Río. Estos éxitos hacían posible la aproximación desde Córdoba tanto por el Guadalquivir, cuyos vados quedaban bajo dominio castellano, como por la Campiña. Al mismo tiempo, la toma de Gerena y Guillena permitía a las tropas leonesas y de la orden de Santiago el acceso desde el norte. El anillo se cerraba gracias a la llegada de la flota cantábrica de Ramón Bonifaz, que remontó el Guadalquivir tras derrotar a una escuadra tunecina enviada en socorro de la ciudad. Así, desde julio de 1247 se hizo posible el asedio directo de Sevilla, aunque todavía poco apretado. Los campamentos cristianos estaban situados en Aznalfarache y Tablada, con la flota en ese sector del río. Fue el momento de los intensos combates a campo abierto y en el río, de las celadas y los ataques por sorpresa. Gelves fue arrasado, así como algunos arrabales de la ciudad, y los trianeros hubieron de buscar refugio en el castillo o en la ciudad.

Desde marzo de 1248 el cerco se estrechó gracias a la llegada del infante Alfonso con numerosos refuerzos. Los campamentos o reales se aproximaron a la ciudad, permitiendo un control más efectivo de puertas y salidas. El golpe decisivo fue, sin embargo, por el río. Ramón Bonifaz consiguió romper con sus galeras el puente de barcas que unía Sevilla con el Aljarafe, por el que seguían fluyendo suministros a la ciudad. El total aislamiento de la ciudad auguraba la rendición, pero todavía fue necesario superar un verano de terribles calores que creó numerosos problemas a los sitiadores. Las negociaciones se iniciaron en otoño y, tras mucho forcejeo, se acordó la entrega de toda la ciudad y la evacuación de sus habitantes en el plazo de un mes. El 23 de noviembre de 1248 se izó la seña real de Castilla y León sobre el Alcázar. La caída de Sevilla arrastró en los meses siguientes la de buena parte de la actual provincia de Cádiz hasta el Atlántico, aunque la presencia castellana fue todavía muy débil en esas tierras durante algunos años. Los pactos establecidos permitieron a los musulmanes permanecer en el disfrute de sus casas y heredades, situación que se prolongaría hasta la gran revuelta mudéjar de 1264.

Estas últimas conquistas y la repoblación de Sevilla, iniciada por él aunque debida en gran parte a Alfonso X, llenaron los últimos años de Fernando III. Ya pensaba en pasar a África, pero quebrantada la salud con los trabajos de la guerra y la austeridad de la vida, como escribiera Ortiz de Zúñiga, murió el gran rey el 30 de mayo de 1252. Su perfil militar es sólo una parte de su admirable personalidad, pero de su obra reconquistadora, unida a la repobladora y organizadora de su hijo Alfonso, emergió una Andalucía nueva, reincorporada al seno de la civilización europea. La conquista de Andalucía se produjo en un momento de especial brillantez de la cristiandad medieval, y ello explica también el empuje castellano. Un momento de crecimiento demográfico, auge económico, equilibrio social y progreso cultural que sustentaban la superioridad militar de sus caballeros. Europa, a la sombra de castillos y catedrales, forjaba su destino. Un destino que, casi ocho siglos después, sigue siendo el nuestro.





Conquista de Sevilla. (Fuente: García de Cortázar, Fernando: Atlas de Historia de España. Barcelona, 2005.)



BIBLIOGRAFÍA

González Jiménez, Manuel: *Fernando III el Santo*. Sevilla, 2006.
 Idem: *En torno a los orígenes de Andalucía*. 2ª ed. Sevilla, 1988.
 Idem: *Alfonso X el Sabio*. Barcelona, 2004.
 González, Julio: *Repartimiento de Sevilla*. 2 vols. Madrid, 1951.
 Ladero Quesada, Miguel Ángel: *La formación medieval de España. Territorios. Regiones. Reinos*. Madrid, 2004.
 MacKay, Angus: *La España de la Edad Media. Desde la frontera hasta el Imperio (1000-1500)*. Madrid, 1991.
 García Fitz, Francisco: *Las Navas de Tolosa*. Barcelona, 2005.